

CARTA DE LOS U'WA AL MUNDO

Nosotros nacemos siendo hijos de la tierra... Eso no lo podemos cambiar los indios ni tampoco el blanco (riowa).

Los U'WA han escogido la Agenda Latinoamericana para difundir al mundo esta carta a la Humanidad blanca. La Agenda la acoge y la proclama agradecida.

Más de mil veces y de mil formas distintas les hemos dicho que la tierra es nuestra madre, que no queremos ni podemos venderla. Pero el blanco parece no haber entendido, insiste en que cedamos, vendamos o maltratemos nuestra tierra, como si el indio también fuera persona de muchas palabras...

Nosotros nos preguntamos: ¿acaso es costumbre del blanco vender a su madre? ¡No lo sabemos!, pero lo que los U'WA sí sabemos, es que el blanco usa la mentira como si sintiera gusto por ella: sabe engañar, mata a sus propias crías sin siquiera permitir a sus ojos ver el sol, ni a su nariz oler la yerba; eso es algo execrable, incluso para un "salvaje".

Sabemos que el *riowa* ha puesto precio a todo lo vivo, incluso a la misma piedra; comercia con su propia sangre y quiere que nosotros hagamos lo mismo en nuestro territorio sagrado con *ruiría*, la sangre de la tierra a la que ellos llaman petróleo... Todo esto es extraño a nuestras costumbres. Todo ser vivo tiene sangre: todo árbol, todo vegetal, todo animal, la tierra también, y esta sangre de la tierra (*ruiría*, el petróleo) es la que nos da fuerza a todos, a plantas, animales y seres humanos.

Pero nosotros le preguntamos al *riowa*: ¿cómo se le pone precio a la madre y cuánto es ese precio? Lo preguntamos, no para desprendernos de la nuestra, sino para tratar de entenderlo más a él, porque después de todo, si el oso es nuestro hermano, también lo es el ser humano blanco. Preguntamos esto porque creemos que él, por ser "civilizado", tal vez conozca una forma de ponerle precio a su madre y venderla sin caer en la vergüenza en que caería un primitivo. Porque la tierra que pisamos no es sólo tierra, es el polvo de nuestros antepasados; caminamos descalzos, para estar en contacto con ellos.

Para el indio la tierra es madre, para el blanco es enemiga. Para nosotros sus criaturas son nuestras hermanas, para ellos son sólo mercancía. El *riowa* siente placer con la muerte, deja en los campos

y en sus ciudades tantos hombres tendidos como árboles talados en la selva. Nosotros nunca hemos cometido la insolencia de violar iglesias y templos del *riowa*, pero ellos sí han venido a profanar nuestras tierras. Entonces nosotros preguntamos: ¿quién es salvaje?

El *riowa* ha enviado pájaros gigantes a la luna (*Siyora*): a él le decimos que la ame y la cuide, que no puede ir por el universo haciéndole a cada astro lo que le hicieron a cada árbol del bosque acá en la tierra. Y a sus hijos les preguntamos: ¿quién hizo el metal con que se construyó cada pluma que cubrió al gran pájaro? ¿Quién hizo el combustible con que se alimentó? El *riowa* no debe engañar ni mentir a sus hijos: debe enseñar que aún para construir un mundo artificial el ser humano necesita de la madre tierra... Por eso, hay que amarla y cuidarla...

El ser humano sigue buscando a *ruiría* (el petróleo) y en cada explosión que recorre la selva, oímos la monstruosa pisada de la muerte que nos persigue a través de nuestras montañas. ¡Este es nuestro testamento!

Al ritmo que marcha el mundo, habrá un día en que un ser humano reemplace las montañas del cóndor por montañas de dinero. Para ese entonces, esa persona ya no tendrá a quien comprarle nada; y si lo hubiera, ese alguien no tendría nada que venderle. Cuando llegue ese día, ya será demasiado tarde para que el ser humano medite sobre su locura...

Todas sus ofertas económicas sobre lo que es sagrado para nosotros -como la tierra o su sangre- son un insulto para nuestros oídos y un soborno para nuestras creencias. Este mundo no lo creó el *riowa* ni ningún gobierno suyo, ¡por eso hay que respetarlo! El universo es de *Sira* (Dios) y los U'WA únicamente lo administramos. Somos tan sólo una cuerda del redondo tejido de la *ukua* (mochila sagrada para cargar coca), pero el tejedor es Él. Por eso los U'WA no podemos ceder, maltratar, ni vender la tierra ni

su sangre, ni tampoco sus criaturas, porque éstos no son los principios del tejido.

Pero el blanco se cree el dueño, explota y esclaviza a su manera; eso no está bien: rompe equilibrio, rompe *ukua*. Si no podemos venderles lo que no nos pertenece, no se adueñen entonces de lo que no pueden comprar.

Algunos jefes blancos han horrorizado ante su pueblo nuestra decisión de suicidio colectivo como último recurso para defender nuestra madre tierra. Una vez más nos presentan como salvajes. Ellos buscan confundir, buscan desacreditar. A todo su pueblo le decimos: el U'WA se suicida por la vida, el blanco se suicida por monedas. ¿Quién es salvaje?

La humillación del blanco para con el indio no tiene límites: no sólo no nos permite vivir, también nos dice cómo debemos morir... No nos dejaron elegir sobre la vida... ahora elegimos sobre nuestra muerte.

Durante más de cinco siglos hemos cedido ante el blanco, ante su codicia y sus enfermedades, como la rivera cede en tiempo de verano, como el día cede a la noche... El *riowa* nos ha condenado a vivir como extraños en nuestra propia tierra. Nos tiene acorralados en sitios escarpados muy cerca de las peñas sagradas donde nuestro cacique Güicaní y su tribu saltó para salvar el honor y la dignidad de nuestro pueblo ante el feroz avance del español y del misionero.

Quizá una vez más el ser humano blanco viole las leyes de *Sira*, las de la tierra y aun sus propias leyes, pero lo que sí no podrá evadir jamás es la vergüenza que sus hijos sentirán por los padres que marchitaron el planeta, lo llevaron a su extinción y robaron la tierra del indio; porque al final de la fría, dolorosa y triste noche, aciaga para el planeta y para el indio, la misma noche que parecía tan perenne como la yerba, el error del ser humano será tal, que ni sus propios hijos estarán dispuestos a seguir sus pasos, y será gracias a ellos, a estos nuevos hijos de la tierra, como empezará a vislumbrarse el ocaso del reino de la muerte y comenzará a florecer nuevamente la vida... Porque no hay veranos eternos, ni especie que pueda imponerse por sobre la vida misma...

Siempre que el ser humano actúe con mala intención, tarde o temprano tendrá que beber del veneno

de su propia hiel. Porque no se puede cortar el árbol sin que mueran también las hojas, y en el pozo de la vida nadie puede arrojar piedras sin romper la quietud y el equilibrio del agua. Por eso cuando nuestros sitios sagrados sean invadidos con el olor del hombre blanco, ya estará cerca el fin no sólo del U'WA, sino también el del *riowa*. Cuando él haya exterminado la última tribu del planeta, antes que empezar a contar sus genocidios, le será más fácil empezar a contar sus últimos días. Cuando estos tiempos se avecinen, los vientres de sus hijas no parirán fruto alguno, y en sus cada vez más cortas vidas el espíritu de sus hijos no conocerá sosiego. Cuando llegue el tiempo en que los indios se queden sin tierra, también los árboles se quedarán sin hojas, y entonces la humanidad se preguntará, ¿por qué? Sólo muy pocos comprenderán que todo principio tiene su fin y todo fin su principio, porque en la vida no hay nada suelto, nada que no esté atado a las leyes de la existencia. La serpiente tendrá que morder su propia cola para así cerrar su ciclo de destrucción y muerte. Porque todo está entrelazado como el sendero enramado del mono.

Quizá los U'WA podamos seguir nuestro camino. Entonces, así como las aves hacen sus largos viajes sin nada a cuestas, nosotros seguiremos el nuestro sin guardar el más pequeño rencor contra el *riowa*, porque es nuestro hermano. Seguiremos cantando para sostener el equilibrio de la tierra, no sólo para nosotros y nuestros hijos, también para él, porque también la necesita. En el corazón de los U'WA hay preocupación por el futuro de los hijos del blanco, tanto como por el de los nuestros, porque sabemos que cuando los últimos indios y las últimas selvas estén cayendo, el destino de sus hijos y el de los nuestros será uno sólo.

Si los U'WA podemos seguir nuestro camino no retendremos las aves que nacen y anidan en nuestro territorio; ellas podrán visitar a su hermano blanco si así lo quieren. Tampoco retendremos el aire que nace en nuestras montañas; él podrá seguir tonificando la alegría de los niños blancos y nuestros ríos deberán partir de nuestras tierras tan limpios como llegaron. Entonces la pureza de los ríos hablará a los seres humanos del mundo de abajo de la pureza de